

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N° 268

25 cts.



**CARMIÑA,
FLOR DE GALICIA**

POR
Marquês del Muzo
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 268

Carmiña, flor de Galicia

Exquisita comedia española, interpretada por
**Maruja del Mazo, Juan Muñoz del Río, Eduardo
Prados e Irene Salazar**, entre otros.

Producción Hispánica Film Lda.

EXCLUSIVA DE
SELECCIONES CAPITOLIO



de S. HUGUET

Provenza, 292 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CAPELLANI

CARMIÑA, FLOR DE GALICIA

Argumento de la película

I

LA FLOR DEL VALLE

En Galicia la bella, la de los castros maravillosos y las montañas de ensueño, verdes, floridas, como un mágico jardín plantado por la mano divina entre las piedras musgosas, en la *terra meiga* dulzarrona y atrayente, que es sanidade y lenitivo de las almas doloridas, la que hizo decir a la eximia Rosalía de Castro en sus cantigas melosas:

“Galicia...

Mimosa, soave,
sentida, queixosa;
encanta si ríe,
conmove si chora...”

defendido por riscos puntiagudos y peñas gigantes, que van a clavarse en el cielo, como indicando el camino de amor a las almas elegidas, reposa un valle dulcemente poético, como lo es toda aquella tierra ideal.

Lo domina un castillo de tiempos remotos, que según la tradición, lo hizo levantar una reina musulmana en el espacio breve de puesta a puesta de sol.

Próxima al castillo, como una bandada de palomas, recogidas al abrigo en las estribaciones de la montaña, hay una humilde aldea: Almedo.

El trabajo absorbe la vida cotidiana del lugar, y así, las horas de luz brindan su caricia a la raza sufrida y tenaz, que labra la tierra, más que con la herida sangrienta del arado, con la mimosidad del amante rendido: con dulzura, con amor...

Y el laboreo continuo, los pacientes cuidados, van recubriendo la tierra roja de mantos prolíficos de verdura eterna, que es flor y es savia y es fruto...

Los domingos, las gentes sencillas de la aldea, que aun guardan íntegra en el fondo de sus pechos la preciosa semilla de la fe, que florece en cruces gigantescas sobre las cimas de los montes, acuden a la ermita gótica a rezar entre las piedras vetustas, por la eterna continuación de sus sueños de paz y trabajo.

Entre el plantel de mozas garridas, de ojos de misterio y caras rosadas como de fruta en sazón, ninguna tan reciamente hermosa como Carmiña, un diamante que refulge sobre la esmeralda eterna de los campos.

De entre los pliegues del pañolón, ceñido a su cabeza como toca de monja de amor, escapa rebelde su cabellera de ébano, la que da tintes azulados a su tez tostada por la suave caricia de los rayos de oro. Bajo su frente amplia, brillan como carbones encendidos, dos ojos grandes, rasgados, profundos, negrísimo, en los que se reflejan la paz de sus campos y la pureza inmaculada de su cielo.

Y al salir de la iglesia, cuando aun volteaban alegres las campanas y la voz del gaitero típico cantaba socarrona:

Con esta miña gaitiña
as nenas ei d'engañar...

Carmiña, dejando escapar por entre la blanca cegadora de sus dientes prietos, bajo la glotona carnosidad de sus labios rojos, cascadas de sonrisas, recogía al pasar el fuego de todas las miradas de los mozos del lugar, el mimo de sus palabras más tiernas, de sus requiebros, de sus piropos...

—¡Carmiña, nunca te vi tan preciosa!

—¿Cuándo vásme a tomar por novio?

—¡Encantiño!...

Y así, hasta perderse por las intrincadas callejas, camino de su mísero albergue, aquella casucha medio derruída, orilla del arroyo cantarín, casi oculta entre la fronda cariciosa...

No obstante la letra pícara de la copla popular, había un mozo en la aldea que no pensaba en engañar a Carmina. Antes bien, la amaba con toda la rudeza y el fervor de su alma de niño, bajo su corpachón de atleta. Era Martiño, el mozo más cabal y más trabajador de la aldea, que igual aventaba el oro de la tierra cuajado en las espigas, que cuidaba las vacas lustrosas de ubres repletas.

Más de una vez, al encontrarse en los campos, habíanse cruzado sus miradas. En las de él, temblaba la pasión; en las de ella, gozabase la complacencia de sentirse objeto de un culto tan devoto, de una admiración tan sincera... y aun, alguna que otra vez, había jugado al "¿me quieres?" el niño travieso.

Huérfana y desamparada, Carmiña carecía de luz

y calor en el horizonte de su vida, entenebrecido por la odiosa presencia de su padrastro, hombre déspota, abyecto y despreciable, que al morir su pobre madre había considerado a Carmiña como una bestia más.

—¡Anda... filla do demo! — decía con frecuencia a la zagala—, que el diablo fué tu padre. Lleva este maíz al molino, y tan pronto lo muelan, vuelve.

Y uno de aquellos días, cuando doblada bajo el peso de la carga sobre la pulposa flor de su cabeza, iba brincando de risco en risco, llevando angustias en el pecho y lágrimas en sus ojos divinos, la siguió Martiño y desde lo alto de la suave ladera gritaba:

—¡Carmiña! Oyeme... Ahora que estamos solos... Yo te quiero como a una santina de los altares, como lo más sagrado que haya para mí en la tierra.

Y como viera ella que el zagalón se acercaba, vuelta por la pasión su cara curtida, ante el temor de miradas indiscretas le increpó:

—¡Buen sitio elegiste! Para que alguien nos vea y pueda creer... ¡Vete de aquí, rapaz! ¡Vete!

Y le tiraba guijarros del camino para ahuyentarlo...

Y el infeliz Martiño, por no enojarla, la dejaba marchar pesaroso y mohino, e iba a contar sus cuitas de amor a sus vacas, a sus cabras, a los maizales fecundos o a las límpidas aguas del arroyo jubiloso...

II

LA LEYENDA DEL CASTILLO

Muchas veces oyó Carmiña referir la leyenda del castillo, y en su soñadora imaginación sentía revi-

vir las figuras y la historia que en legado tradicional habían corrido a través de los siglos.

Allá, por las primeras centurias de nuestra era, cuando los villanos gemían bajo el yugo tiránico de los señores de feudo, vivían en aquel lugar dos humildísimos pastores: Andrea y Tiago.

Sin más amparo que el de Dios, ni más porvenir que el azar, decidieron unir sus destinos; y así, una mañana, la anhelante pregunta del galán halló eco en el corazón propicio de la zagala, y mientras sus rebaños pacían juntos sobre la alfombra vercosa, uniéronse sus bocas en el casto beso de los desposorios.

En aquel entonces, era señor del castillo y tirano de catorce villas más, el poderoso don Xácome de Veiga, quien pasaba, para alivio de sus feudatarios, no cortas estancias junto a su rey.

Una mañana, salió el de Veiga del castillo, seguido de dos halconeros, a dar uno de sus habituales paseos, en los que no era la caza de fieras, sino la de personas, la que entretenía sus ocios, y quiso la desgracia, o "el estaba escrito", que acertase a pasar por un sendero en el que descuidadamente sentados sobre la hierba Andrea y Tiago trenzaban uno de sus coloquios de amor.

Sorprendióle al tirano la belleza de la moza, y sus ojillos de brujo relumbraron de lujuria.

Habíanse apresurado a saludarle, humildes, los amantes y don Xácome llegó a acariciar audaz la barbilla pronunciada de su sierva. Quiso protestar Tiago y su intervención no logró sino provocar las iras del sátiro, que tras cruzarle la cara con su látigo, le preguntó con rudeza:

—¿Es acaso tu mujer?

Tiago, limpiándose la sangre que humedecía su rostro, contestó con voz sorda:

—Todavía no, señor; pero nos casaremos antes de que llegue el invierno, si Dios lo quiere.

—Si Dios lo quiere... y si lo quiero yo. ¿Ignoras, deslenguado, mis derechos? Te casarás con ella si Dios lo quiere, y cuando yo te la devuelva...

Y cruzándole nuevamente el rostro y golpeándole brutalmente, sin que él tratara de defenderse, ¡tan arraigado estaba en su alma el servilismo de la época! lo derribó sobre el suelo como un guiñapo, a tiempo que decía a sus escuderos imperiosamente:

—¡Apoderaos de esa moza!

Y mientras el pobre pastor quedaba inerte sobre la alfombra de hierba, Andrea era conducida hacia el sacrificio.

Aquella misma noche pretendió el impúdico señor de horca y cuchillo mancillar la blanca flor de su pureza, haciendo valer sus torpes derechos sobre vidas y haciendas; y en la amplia mesa señorial sirvió por su mano viandas exquisitas y escanció vinos elegidos a la hermosa campesina, queriendo lograr por el aturdimiento lo que de grado no podía concedérsele.

Pero Tiago presentía la cobarde hazaña, y al filo de las diez, cuando aquella rastrera argucia señorial llegaba a su apogeo, escaló el pastor los altos torreones del castillo y guiado más por su odio que por el conocimiento del lugar, irrumpió en la sala del festín en el momento en que Xácome pretendía, por la fuerza, besar a la pastora, gritando ya perdido el respeto a su verdugo:

—He jurado ante Dios que Andrea será mi es-

posa inmaculada, ¡y ay de quien trate de mancillar su honra!

Y la tragedia surgió violenta, en un arrebol de sangre.

El poderoso señor del valle trató de herirle con su daga y en titánica lucha con amo y escudero, venció el brazo del amor y en una grotesca mueca de muerte, fué a cuajarse el sello del señorío en el rostro asqueroso de aquel tirano aborrecible.

Muerto el verdugo, Tiago cogió a Andrea en sus brazos, yendo a ocultar en la selva intrincada su tesoro.

Aquel castillo era ahora el triste recuerdo de la despótica tiranía de horca y cuchillo, que los tiempos han transformado en una solapada sagacidad, merced a la cual el señor trocó la horca en un hilo de perlas y el cuchillo en promesa mentida...

III

LA SOMBRA DEL PASADO

Desde que el mundo rueda por el espacio, en todos los pueblos ha habido un tonto, que es el más listo del lugar: el de Almedo, se llamaba Garduña, y como tonto, le gustaba Carmiña.

El no sabía decírselo, pero la seguía a todas partes, agitando su rostro radiante de alegría, como un puzle de carne, en unas muecas inverosímiles.

Terminada la molienda del maíz, regresaba Carmiña a su casa y al pasar por el arroyo copioso, que era el lavadero del lugar, se detuvo a charlar con sus amigas.

—¡Hola, muchachas! ¿Viene fría el agua del regato?

En aquel momento, llegaba al arroyo el tonto, que agitando sus manos retorcidas en el aire y distendida su boca con la más deforme sonrisa, dijo:

—¡Miradla!... ¡Guapa es como la misma santiña!

Y embebido en la contemplación de Carmiña, de tanto mirar el cielo de su cara, olvidó que andaba sobre el suelo y no sobre las nubosas praderas del Limbo y fué a dar de bruces en pleno regato, entre el bullicio y la algazara de mozas y comadres.

Allá, frente a la casona destartada, mientras se dedicaban a las monótonas labores de la diaria tarea, hablaban Martiño y el padrastro de Carmiña. El zagal contemplaba extasiado a la joven, que cuidaba la hacienda no muy lejos, y había tal amor en su mirada, que el viejo ruin hubo de decirle:

—¿Por qué la miras tanto? Te fijas en ella más de lo debido...

—Es que la quiero de veras, tío Francisco... Y ya era hora de que se lo dijese a usted... Yo quiero casarme con Carmiña...

Y calló asustado de su propia audacia.

—¿Casarte con Carmiña? Cuando tengas unas tierras que labres por tu cuenta, y unas vacas que te renten algunos miles de reales, hablaremos.

Y al decir esto, mientras campeaba en sus labios una sonrisa de avaricia, pasaba su mano mugrienta sobre el lomo lustroso de la yunta.

—¡Anda, pobriño! ¡Trabaja!... ¡Trabaja!

Aquel año se presentaba la romería del lugar más animada que nunca... Las cosechas habían sido óptimas y como, llena la talega, la alegría rebosa, la aldea entera era un hervidero de fiestas y regocijos, y como se deduce, en zambra gallega no podían

faltar gaitas y muñeiras, cantos y danzas populares.

Cuando mayor era el jolgorio, un suceso imprevisto vino a poner un paréntesis a la fiesta. Un automóvil, hendiendo las turbas, fué a detenerse en el centro mismo del corro de bailadores.

Venía en él Armando Enríquez, conde de Vindey, dueño, casi, de la humilde aldea.

Cuatro años hacía que el nuevo señor tomó posesión en herencia del señorío, pero hasta aquel instante no se dignó conocerlo.

Y ¡qué de comentarios suscitó su presencia! *La Xáneca*, la comadre más lenguaraz y más entrometida del caserío, llevaba la voz cantante.

—Es un señorito joven, guapo, simpático, como los que pintan en las novelas, que nos cuenta el albeitar...

—¡Bah! No será tanto... — murmuró Carmiña.

—¿Que no? Míralo... míralo... y verás si miento...

—¡Qué buen mozo!

—¡Y no es orgulloso...!

Y Carmiña, curiosa, como las demás, miraba al joven conde con ojos rientes y brillantes de una emoción hasta entonces desconocida para ella.

Y aquella noche, durante los fuegos de artificio, otro fuego real prendió en dos almas gemelas. Porque también Armando se sintió cautivo de la hermosura fascinadora de Carmiña, y los dos jóvenes creían que las luminarias de colores fantásticos trazaban arabescos de luces caprichosas en el fondo de sus pupilas extáticas.

No pasó inadvertido a los sagaces ojos de la Xáneca y sus amigotas, lo que Carmiña y Armando creyeron que ellos solos entendían, y la comidilla surgió enroscándose por la plaza, como uno de aque-

llos cohetes voladores que inundaban de claridades, un segundo, las tinieblas de la noche...

*
**

Armando Enríquez se había prendado seriamente de la muchacha, y hemos de confesar en honor suyo, que sus pensamientos en vez de ella, nada tenían de mezquinos ni pecaminosos.

Pronto supo el joven conde de Vindey que aquella linda mozuela, que tan poderosamente llamara su atención, era hija de uno de sus arrendatarios, y al día siguiente, llevando en la mano un pequeño paquete, en el que encerraba un obsequio para la moza, se dirigió a su casucha.

Vióle llegar el padraastro marrullero y se precipitó como una tromba, en el interior de la vivienda, gritándole alborozado a Carmiña:

—Carmiña, arregla esto... pronto... el conde llega...

—Quién...? ¿El...? ¿Aquí...?

—Pero vamos, idiota, ¿qué haces? Quitá eso de la mesa... pronto, que ya llega...

Y se lanzó fuera para salir al encuentro de su señor, al que recibió con uno de sus saludos más lacayunos y rastreros:

—Aquí nos tiene el señor conde; trabajando mucho para mal comer y bien pagar...

—¡Hola, Francisco! Buenos días... Da gozo esto; lo cuidas bien.

—Ya veis, señor, se hace más de lo que se puede. Pero pase, pase, señor, y honrará mi pobre choza con su magnífica presencia.

Y lo guiaba sonriente hacia el portón derrengado. Entretanto Carmiña, arrebolada, confusa, alegre

como nunca, antes cuidaba de su persona que del ajuar de aquella habitación destartalada, que era a la vez cocina, comedor y dormitorio.

¡Divina coquetería femenina! Cuando una mujer compone un pliegue de su falda o un bucle de su cabeza, parece como si la falda o el rizo quedaran dándole las gracias.

Aun se miraba Carmiña en el espejo y arreglaba algún rizo rebelde, cuando entraron el conde y su padrastro.

Inclinóse tórpemente, con el rojo carmín de sus mejillas llegándole hasta el blanco de los ojos.

Miróla el conde sonriendo complacido al verla, indudablemente más que por el estado próspero de sus tierras, y dijo a Francisco:

—¡Guapa muchacha! ¿Seguramente, tu hija?

—Sí... es decir, no... hija mía propia, no, señor, pero de mi difunta esposa... que Dios la guarde — y volviéndose a su hija, que se había quedado como un pasmarote, sin acertar a dar un paso, gruñó por lo bajo:

—¡Atiéndele, boba!... ¡Es el amo!

Y ya en voz alta, continuó:

—Voy a traerle al señor conde, un poco de mi vino "tostado": el mejor de por aquí... ¡ya lo verá!

Y mientras llenaba el jarro de ese vinillo gallego, que crepita en el gznate, como las brasas del hogar, Carmiña precipitadamente quitó de la única mesa disponible un conglomerado de objetos de múltiples utilidades, y ofreciendo a Armando una silla, sentóse a instancias de éste a su lado.

—No sabía yo que hubiese cosas tan bonitas en el pueblo — dijo con voz suave y cautivante el apuesto *señor*.

—¡Oh, señor... y decís eso... vos que venís de la capital!...

—No siempre se encuentra lo mejor en la ciudad; a veces los tesoros más preciados se esconden en las aldeas...

No se había iniciado por mal derrotero aquella charla galana, pero vino a interrumpirla el viejo, que depositó sobre la mesa el jarro de cristal rebosante de granate líquido.

Escanciado el vino, gustólo el conde y después de paladarlo a su sabor comentó:

—¡Buen vino! Tenías razón, Francisco... No lo bebí mejor hasta ahora.

Esponjóse el viejo, al oírle, y continuó al lado de su señor, esperando que éste prosiguiese el cumplido.

Pero Armando no pensaba en él, en aquel momento; así fué que cogiendo entre las suyas una de las manos de Carmiña, la dijo con acento apasionado:

—Esta mano se hizo, con más razón que otras, para acariciar pieles de armiño...

Y aquella música divina producía en la pobre mujer efectos maravillosos, y el corazón parecía querer salirse de la cárcel miserable de su corpiño de lienzo barato.

En tales momentos, el mismo valor tenían para el conde de Vindey los minutos que las horas. Por su gusto, hubiera permanecido allí el día entero, pero comprendiendo que la prolongación de la visita podía parecerle al viejo algo sospechosa, se dispuso a ponerle fin.

—Toma, para que cuando lo fumes te consideres un "rico hombre" — y alargó a Francisco, atónito, un magnífico veguero, que aquél encendió con deleite.

Y desliando luego el paquetito, que llevara a precaución, extrajo de él un rico pañuelo de crespón de colores chillones y dijo a Carmiña:

—Esto para ti, para que se ciña a tu cuerpo, y te haga más guapa... ¡si eso puede ser!

En tanto ella, loca de alegría, iba ante el espejo, admirando en el cristal su cuerpo gentil, preso en el abrazo de la seda crujiente, decía Francisco:

—El señor conde no conocerá aún la presa del río... Acompañale, Carmiña... No es justo que no haya visto todavía una de sus mejores propiedades...

Y mientras el ruin padraastro se retorcia las manos, acariciando en los recovecos de su mente anquilosada Dios sabe qué pensamientos tortuosos, Armando y Carmiña marchaban cogidos de la mano hacia la presa del río.

Llegados al centro de ella, donde, desde el lomo de piedra, veían a sus pies precipitarse las aguas en una cascada ruidosa, como una carcajada monstruo de la naturaleza satisfecha, Armando, queriendo asustar a la joven, para recoger luego, astuto, el fruto del miedo, hizo como si fuera a precipitarla en el abismo, para atraerla después hacia sí en un abrazo, intentando beber en sus labios el agua de la vida...

Rechazólo dulcemente Carmiña, y murmuró contristada súbitamente:

—¡No, por Dios, señor conde, no sea malo!...

La soltó él, sonriente, y la dijo, comiéndosela con los ojos:

—¡Buen susto pasaste!... Pero yo no te quiero mal... ¡Te quiero de otro modo... mejor!...

Y emprendieron el regreso... y llegó la hora de la despedida. Iba ella a coger una florecilla silvestre, que él llevaba en la mano, cuando Vindey, en-

volviéndola en su mirada de fuego, dejó caer desdenosamente la flor, al tiempo que decía:

—Tú mereces una brazada de camelias... ¡Esta pobre flor es muy poco para tí!

Alejóse él haciéndola gestos amistosos con la mano y cuando hubo desaparecido en un recodo del camino, Carmiña, trémula, recogió del césped la misma florecilla y la estrujó amorosa contra su pecho...

IV

LOS ENEMIGOS DEL ALMA

Martiño sospechaba algo. El aspecto de Carmiña, tan cambiado desde que llegó el conde a la aldea, le hizo presagiar un peligro y decidió hablar claramente a Carmiña. Un día que se hallaron solos, la dijo de pronto:

—¡Carmiña!... De un tiempo acá, variaste, rapaza... Nunca me has querido, es verdad; pero hoy sueñas, y hasta mi pobreza parece que te da reparo.

—¡Bah!... ¡Tontiño!...

—Dinero, no tendré — continuó él con pesadumbre —, pero por tí soy capaz de cruzar esos montes y traerte una fortuna de donde otros la trajeron.

Carmiña no contestó, pero una nube de tristeza nubló sus bellos ojos.

—Detrás de aquellas lomas está el mar... ¿Te atreverías a venir conmigo a América?

—Está muy lejos para seguir luchando...

—Algún día iré yo solo... — terminó Martiño con firmeza — y te juro, que si eso hago, antes de dos años podré ofrecerte lo que tanto deseas, y este cariño viejo, que no me deja vivir.

Transcurrieron los días. Las insinuaciones del con-

de habían encontrado eco en el corazón de la bella rapaza, y todas las tardes, cuando ya declinaba el sol, hablaban, hablaban largamente de sus amores a la sombra protectora de la gran cruz de piedra a la entrada de la aldea.



—Tú mereces una brazada de camelias... ¡Esta pobre flor es muy poco para ti!

—¿Qué te sucede? Te encuentro triste...

—Es que pienso que nuestro cariño tiene que acabarse. Para el conde de Vindey ¿qué es una pobre aldeana?

—Para mí lo eres todo, Carmiña... Si me faltases, caminaría ciego por el mundo.

Y hablaba el alma toda por su boca en aquel momento...

—¿Te gustaría vivir en la ciudad? Tú naciste para reinar en ella, para triunfar y ser envidiada.

—¿Y me querrías siempre?...

—Eternamente, Carmiña; como te quiero hoy, como te querré cuando seas mi esposa ante Dios!...

—¿Tu esposa?... ¡Me engañas, Armando!...

—No... no te engaño... te lo juro. ¿Consientes?

Bajó Carmiña la cabeza, apretándose temblorosa contra él, vencida por la melosidad irresistible de sus palabras.

—Entonces, te espero antes de amanecer en el puente cercano a la presa.

Y fué... ¿qué iba a hacer la infeliz, si ya no tenía voluntad propia?

A un rincón maravilloso de la ciudad, a su poética finca "La Chicharra", un segundo paraíso encantado a orillas del mar, llevó Armando a Carmiña.

Debía ser aquel el nido habitual de sus amorios clandestinos, por cuanto Rosalía, la pizpireta doncella, exclamó al verlos llegar:

—¡Otra señorita!

Los primeros días Carmiña se maravillaba de todo. Su alcoba lujosa y repleta de cuantas comodidades puede apetecer una mujer bonita; el tocador, sobre cuyo mármol lustroso se almacenaban los frascos, los botes, los enseres de todas clases; aquel comedor regio, donde la servían manjares y vinos, que causaban a su boca hecha sólo a las sopas clásicas, y el vinillo de Rivero, un efecto sorprendente, todo la hacía vivir enfebrecida, como si se hubiera convertido, a un golpe de la varilla mágica, en la heroína de un cuento de hadas.

Y al cabo de una semana de estancia en "La Chicharra", la zafia campesina, merced a la sabiduría de Rosalía, la linda camarista, aquella moza vulgarota se había trocado en una mujer de mundo, aprendiendo gestos, actitudes y pasos menuditos, como de sierpe que reptaba cautelosa hacia la manzanita mitológica.



Y fué... ¿Qué iba a hacer la infeliz?...

Armando, se mostraba rendido, enamorado, y sus visitas a la quinta eran tan frecuentes, que hasta llamaron la atención de sus propios servidores, algo extrañados de una constancia de la que jamás fueran testigos.

Pero un día...

De un trasatlántico, de uno de esos mundos flo-

tantes que tienden su puente entre las cinco partes del mundo, desembarcó en Vigo Mary Watson, una bella americana, tan sobrada de fortuna y libertad, como de extraños caprichos y locas extravagancias.

Elegante, astuta, tentadora en su belleza atrayente



...a su poética finca "La Chicharra" llevó Armando a Carmiña.

y sugestiva, parecía la encarnación humana de los tres enemigos del alma: ¡mundo, demonio, carne!...

Desembarcó en Vigo, por *spleen*, y a los pocos días de estancia en la ciudad riente, su fina coquetería, sus rarezas clásicas, el fulgor de sus ojos pícaros de diablesa y el juego sabio de sus sonrisas triunfales, le prestaba en calles, en plazas, en salones, el

lujo de una cohorte de adoradores imbéciles, prendidos en la red deslumbradora de sus encantos.

¡Y como si el diablillo inconsecuente sintiese un placer en atarazar las almas puras, uno de los más rendidos esclavos de aquella belleza exótica fué Armando Enríquez, conde de Vindey!...



Los primeros días Carmiña se maravillaba de todo...

En una reunión alegre, en la coquetona villa alquilada por la Watson a orillas del mar brujo, en aquella bahía milagrosa, jugóse a la gallina ciega entre dos docenas de estúpidos, la posesión de aquella sirena del nuevo mundo... A la inversa que en los corrales, allí eran muchos los gallos y una sola la

gallina. Y quiso la suerte... o la desgracia, que fuera Armando el elegido...

—¡Prisionero de guerra! — exclamó Mary, arrancándose el pañuelo que cubría sus lindos ojos—. Tengo el gusto de presentarles mi... futuro novio.

Y un nuevo idilio absorbió la atención del conde. Sus visitas a "La Chicharra" fueron haciéndose más espaciosas, más raras.

A medida que el tiempo pasaba, Carmiña, se iba dando cuenta de su creciente soledad. Ya no era sólo desvío; desde el día en que Armando entró en la residencia de Mary como novio oficial, no volvió a la de Carmiña.

—¡Ya no viene! ¡Ya me olvidó! ¡Ha hecho como todos los hombres!...

Pensaba la infeliz, y transcurrían los días y con ellos la desesperanza arraigaba más honda en su corazón herido.

—¡Madre mía! ¡Virgen de mi alma! ¡Haz que vuelva! ¡Que no me abandone!

V

¡DESENGAÑO!...

Todo el fausto, toda la riqueza de que podía hacer gala la esplendidez de Mary Watson, se prodigaron en aquel baile con que los novios daban publicidad a sus relaciones.

Habiase congregado en la lujosa mansión lo más selecto de la sociedad viguesa, porque las gentes no quisieron indagar quién era aquella americana advenediza que iba en breve a convertirse en condesa de Vindey, bastándoles tan sólo el saber que era rica y que era bella.

Los salones desulmbraban con la policromía de sus luces; el lunch fué un derroche de buen gusto, y para que nada faltase, Mary anunció:

—Como deber de gratitud a la tierra en que me



Y un nuevo idilio absorbió la atención del conde.

hallo, he querido que la clásica muñeira no deje de figurar en la fiesta de hoy.

Y el baile popular puso la nota alegre de un clasicismo en los salones refulgentes de aquella señorial mansión.

Hombres y mujeres miraban con envidia a aquella pareja de futuros servidores de Himeneo.

Entretanto, en el hogar sin amor llegó el momento en que, por caridad, se decidió Rosalía a declarar a Carmiña la verdad amarga.

—No me atrevía a decírselo, pero sufre mucho la señorita y debo confesarle la verdad... El señorito conde se casa...

Carmiña creyó morir de dolor al saber la falsía inconcebible de su amado, y entre lágrimas amargas y dolorosas inquirió la verdad, quiso saber detalles completos de su desgracia.

—En aquel palacio — siguió Rosalía, señalando un edificio suntuoso al otro lado del mar—, en el que ella vive, dan hoy un baile para celebrar esas relaciones. El señor conde no viene porque está allí.

—¡Voy al palacio! — exclamó Carmiña resueltamente—. Quiero convencerme por mí misma de su maldad.

—¡No, señorita; el escándalo es peor! Pensemos un medio... ¡No vaya!

Pero Carmiña no la oía. Quería, sí, sorprender al amado y echarle en cara violentamente su cobarde proceder. Abrió un armario, sacó del cajón de los recuerdos aquel pañolón de seda, que él la regalara en la aldea en la tarde venturosa en que se quisieron con los ojos por primera vez, y arrebujándose en él se dirigió hacia la puerta.

—¡Por Dios, señorita! ¡Cálmese! ¡Reflexione!...

¡Ya era tarde... Carmiña corría por el enarenado jardín, trasponía la gran verja de hierro e iba como una loca camino del dolor y la desventura!...

... ..

En el palacio proseguía la fiesta. Armando estaba

ciego, loco, por las seducciones mágicas de aquella sirena de nieve y nácar.

—Alejémonos un rato — dijo a Mary—. Nuestra dicha pide unos instantes de recogimiento...

Y enlazados amorosamente, se perdieron en los jardines magníficos, yendo a sentarse ante una me-



—...debo confesarle la verdad... El señorito conde se casa...

sita coquetona, en donde a ruegos de él les sirvieron ese vino espumoso y cantarín que hace asomar a los ojos alegría y pone risas locas en los labios, borrachos de besos.

—¡Champán delicioso! ¡Eres fuego y nieve, amor y olvido!...

Y en el misterio de la noche callada, ante la en-

vidia de las flores y los astros ruborosos, se juntaron sus bocas en un cálido beso de amor.

Un sollozo convulsivo, un grito de angustia infinita les hizo interrumpir aquel sueño delicioso y volver la cabeza sorprendidos.

¡Carmiña estaba allí... y les había visto!

Pasado el primer momento de sorpresa, Armando, seco, adusto, con el ceño fruncido, increpó a la sin ventura:

—¿Qué quieres? ¿A qué vienes?

Y volviéndose a Mary la dijo con aplomo inaudito:

—No te preocupes... Esta señorita ha cometido una ligereza perdonable... La cosa no tiene importancia...

Sintió Carmiña como un latigazo en pleno rostro y sacudiendo su belleza salvaje, fiera de sí misma, contestó:

—Tiene importancia... Por amor me confié a él, por amor le seguí, por amor sufro, por amor he venido a convencerme de su abandono... y a desearle que sea feliz...

Y rompiendo en sollozos desgarradores, con una amargura infinita, fué arrojando sobre la mesa sortijas, collares, pendientes...

—¡Toma tus joyas! ¡No las quiero!... ¡Me quedan! ¡El cariño, sí es cariño, no se compra con nada!

Y realizado el sacrificio doloroso, mientras Armando avergonzado de sí mismo, hundía la cabeza entre los hombros, le escupió al rostro:

—¡Malvado!

Y huyó, loca, fuera de sí, de aquel lugar en donde quedaba su corazón en girones... Y las ramas de los arbustos floridos se inclinaban a su paso...

Nunca supo cómo volvió a "La Chicharra"... Los brazos temblorosos de Rosalía la acogieron amantes.

—¡Señorita!...

—¡Todo se acabó, Rosalía! ¡Reniego para siempre de la ciudad que me hizo desgraciada!... Volveré a la aldea, no sé si a olvidar, o a seguir sufriendo!...

—¡No, señorita, no se vaya!... ¡Quédese que ya buscaremos el modo de que todo se remedie!...

Pero ni lágrimas, ni súplicas, ni razonamientos, lograron convencer a la infeliz mártir de amor.

Y a campo traviesa huyó hacia Almedo, del brazo del Desengaño...

VI

¡Y SE DESHIZO EN BESOS LA TRAGICA LEYENDA!...

Al día siguiente volvió el conde Vindey a la morada de Mary Watson, con la esperanza de lograr su desenojo.

Halló la puerta cerrada. Llamó y salió a abrirle un criado.

—La señorita se marchó muy temprano.

—¿A dónde?...

—No me dijo donde iba, pero me dejó una carta para el señor.

Cogió, temblando, el papel y leyó:

Armando: Tenía razón la pobre muchacha que has engañado: ¡el cariño no se compra con nada! Yo creí poseer desinteresadamente el tuyo y me he convencido de que lo había comprado. Por eso me voy. Estoy predestinada a esta vida extraña e inquieta que me trajo hasta aquí. Cumple con tu deber de

caballero, y no hagas eternamente desgraciada a quien "por amor sufre y se confió a ti". Adiós.

Mary."

¿Qué pasó en el alma de Armando? Creyó por un momento que la gran verja de hierro del palacio se abría silenciosa y Carmiña avanzaba hacia él con los brazos tendidos...

Y aquel hombre, que había sido débil, pero que no era malo, que no debía, que no podía serlo, sintió que la pasión dormida despertaba a la meditación de los últimos consejos de Mary, y corrió en busca de la verdadera amada...

La señorita no está... Ayer se marchó a la aldea — le contestó Rosalía al llegar a "La Chicharra".

Loco, desesperado, llegó en un salto hasta la puerta del parque y lanzándose en el automóvil fuera de sí, gritó al chófer:

—¡A Almedo... sin parar!

Y corrió tras de su dicha, con la ansiedad en el alma y un terror invencible ante la catástrofe que preveía.

Aun era noche cerrada cuando Carmiña llegó a la aldea. ¡Qué amorosa, qué paternal le pareció!...

Cruzó las callejas desiertas, saludándola un recuerdo feliz en cada esquina, y llegó por fin hasta su casucha mísera. Temblando, llamó a la débil puercecilla... Su padre dormía. Despertó sobesaltado e inquirió con voz ronca:

—¿Quién va?...

Incapaz de articular palabra, la mártir volvió a llamar.

Fué a la puerta el viejo, miró a fuera y divisó

en la sombra aquella silueta tan conocida.

—¿Tú, Carmiña? ¡Vete, condenada!...

—¡Padre!... ¡Por compasión!... ¡Me ha abandonado!...

—¡Fuera de mi casa!... ¡Quien te sacó de aquí, que te recoja!...

—Piedad, Señor, piedad!... ¡Soy muy desgraciada! ¡Dame la muerte, Dios mío!

A los gritos de la infeliz, despertóse una vecina, que se asomó a un ventanuco y preguntó:

—¿Qué pasa?... ¿Quién grita ahí?...

No obtuvo respuesta.

Carmiña, desesperada, frenética, loca, corría, corría, alejándose del pueblo hacia los campos, lejos, muy lejos de lo humano...

Al llegar al regato, encontró a una moza del lugar:

—¡Carmiña! ¡Tú, aquí!...

—¡Me engañaron!... ¡Huí!... ¡Me echan de casa! ¿Qué puedo esperar?...

Y prosiguió su carrera desenfrenada, cayendo y levantándose, a tropezones, casi a rastras...

La lugareña madrugadora encontró a Martiño que iba al trabajo, clareando el alba, y corrió hacia él:

—¡Ha vuelto Carmiña! Su padrastro no la admitió y temo que desesperada haga una locura. ¡Sálvala, Martiño, sálvala!...

El pobre mozo quedó aturrido, como si sobre su cabeza hubiera recibido un mazazo, pero el amor puso alas a sus pies y corrió en seguimiento de su vida, que tal vez iba a la muerte.

Carmiña había llegado ante el castillo legendario... A su vista recordó la leyenda... ¡Ah, si ella hubiese tenido un Tiago, que supiera redimirla de las artes malignas del moderno señor! Y alucinada, presa de

un vértigo de locura, penetró en la fortaleza, y esperando que entre los muros surgiese el defensor de su honra escaló el torreón más alto del castillo y abriendo los brazos, como queriendo cojer con ellos



Carmiña había llegado ante el castillo legendario...

todo el mundo, para que no quedase rastro de maldad bajo los cielos, se precipitó en el abismo...

Sin embargo, la tragedia, por designio de la Providencia, no se había consumado...

Al caer quedó enredada unos segundos en la melena de hiedra de los muros milenarios, en el momen-

to en que Martiño llegaba al pie del torreón y se mesaba los cabellos ebrio de desesperación.

Aquella detención en su caída la salvó. El Tiago moderno surgía al fin, ofreciendo el acero de sus brazos para salvación de la infortunada. Cayó en ellos Carmiña y un momento rodaron ambos abrazados por el suelo a la violencia del golpe.

Alzóse Martiño, cogió en sus brazos robustos el cuerpo desmayado de Carmiña y en minutos apenas, llegó a la choza del viejo Francisco.

—¡¡Abra!! ¡Carmiña viene herida!...

Despertó en el pecho del ruin vejete, un resto de sus buenos sentimientos, abrió la puerta y entre ambos depositaron a la pobre muchacha sobre el lecho.

En aquel momento apareció en el portón de la corralada, el conde de Vindey.

Volvióse Martiño al verle, furioso como un tigre:

—Estos son los resultados de su infamia... Usted la puso en el abismo y le negó luego su ayuda... ¿Qué le diría su conciencia si Carmiña llega a matarse? ¡Es usted un canalla!

—¿Y quién eres tú, para pedirme cuentas de lo que yo piense?

—¡El hombre que la ha querido más en el mundo! Siempre la quise con toda mi alma; pero ya que no puede ser mía, sólo le pido que la redima y no la desampare...

—Tienes razón, Martiño; cumpliré como hombre de honor.

Brilló un relámpago de alegría en los ojos de Martiño y tras dirigir una intensa mirada a su Carmiña, fué hacia la puerta.

—¿A dónde vas, muchacho?

—Señor conde, ya nada tengo que hacer aquí...

Otras tierras me aguardan. En ellas tal vez encuentre la felicidad, que usted halló en esta aldea...

Armando estrechó conmovido la mano de aquel hombre tan desgraciado y tan noble.

—Sólo un favor le pido: que me deje besar por última vez la mano que creí fuera mía para siempre...

Y posando sus labios temblorosos sobre la mano de aquella mujer que estaba tan cerca, ¡y estaba tan lejos de él!, murmuró en un suspiro:

—¡Adiós, "vidiña"; mi recuerdo te seguirá siempre, como la sombra de tu angel bueno.

Y al atardecer de aquel día, una silueta avanzaba por la carretera, como la imagen del desaliento... Era Martiño, que emigraba a tierras de América, buscando mejor fortuna y más dulce consuelo para su pesadumbre...

.
A los pocos días Almedo estaba como en fiestas. Las campanas de su iglesia minúscula repicaban alegres; y como en aquel día señalado, en que el amor prendiera en dos almas, el estallido de los cohetes atronaba el espacio, mezclado a la algarabía de los gritos, los vivos y la música...

Por las calles, alfombradas de verde, bajo una verdadera lluvia de flores, entre todos los vecinos con sus ropicas majas, avanzaban Carmiña y Armando, cogidos de la mano...

Acababan de casarse, pareciendo decir en su alegría ostensible, que si en la vida todo dolor nació de una ventura, en todo dolor hay también una aurora de esperanza...

F I N

PRÓXIMO NÚMERO:

la interesante comedia dramática

LA DAMA ATREVIDA

Creación de los célebres artistas Belle Bennett, Lowell Sherman, Ben Lyon, etc.

GRAN ASUNTO

Postal-fotografía regalo: DOROTHY DEVORE

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles. Precio 25 céntimos.

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!

COMPRE USTED MAÑANA

la sentimental y divertida novela

¿CHICO O CHICA?

por la deliciosa muchacha ambigua CARMEN BONI.

LOS GRANDES FILMS

de La Novela Semanal Cinematográfica

UN ÉXITO ENORME

está obteniendo el libro 8.º de las selectas

EDICIONES ESPECIALES

de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

NANTÁS, EL HOMBRE QUE SE VENDIÓ

por Lucienne Legrand y Donatien

EMOCIÓN, INTERÉS

¡Apresúrese a comprarlo antes no se agote la edición!